

RETÓRICA Y LULISMO EN DIEGO DE VALADÉS

Introducción

En el presente trabajo trataremos de exponer las ideas del franciscano fray Diego de Valadés, nacido en Tlaxcala (México), en 1533, acerca de la naturaleza y las partes de la retórica en su libro *De rhetorica christiana*.¹ Al hacerlo, nos interesará además señalar su vinculación y dependencia con respecto de Ramón Llull, el filósofo y teólogo mallorquín del siglo XIV, que dejó toda una escuela, pero del cual sólo se ha encontrado como seguidor en la Nueva España al propio Valadés. Al final expresaremos algunas opiniones sobre el puesto que ocupa en la historia de la retórica y su importancia para la Nueva España.

Exposición

En la segunda parte de su *Retórica cristiana*, Valadés habla de esta disciplina en general (no sólo de la eclesiástica) y trata de sus elementos esenciales, a saber, su definición, su división y sus propiedades principales. En un cuadro sinóptico expone en qué consiste y de qué cosas consta (p. 145). En cuanto a las cosas en las que consiste, i.e. las que son su esencia o naturaleza, aporta, como es conveniente, su definición y una división clasificatoria. Para definir la retórica, atiende a su fundamento, y primeramente aborda la cuestión de si esta disciplina existe. A ello responde afirmativamente, aclarando que es una parte de la filosofía racional, según la concepción aristotélico-escolástica de que las ciencias argumentativas eran la lógica (o dialéctica), la retórica e incluso la poética. Es una concepción de la retórica como teoría de la argumentación. Por lo que hace a la cuestión propiamente definitoria, la del qué es la retórica, responde que es una ciencia que tiene dos modalidades, una es la retórica natural (la

¹ Perugia, 1579. Seguiremos la traducción de T. Herrera *et al.* (México: FCE, 1989).

cual puede ser perfecta o imperfecta) y otra es la artificial (la cual se divide en declamatoria y oratoria).

La división clasificatoria de la retórica que da Valadés secciona esta disciplina con arreglo a los géneros de sus causas: demostrativa, deliberativa y judicial. A la primera corresponde el género demostrativo, que tiene como objetivo la alabanza o el vituperio, si atiende a los bienes o a los males, y pueden ser externos al individuo, o de su cuerpo, o de su alma. El género deliberativo, atento al *quién*, al *a quién* y al *de quién*, persuade o disuade haciendo ver lo posible, lo útil, lo honesto y lo inopinado. El género judicial versa sobre lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo inconveniente, con esperanza de lo bueno o temor de lo malo. Es la división tradicional aristotélica.

Ya la división de la retórica en sus partes constitutivas es en principales y menos principales. Las partes más principales de que consta son aquellas que conforman el trabajo del orador para poder predicar, a saber: la *invención* de argumentos, que pueden ser tristes o agradables, y estos últimos mejores o más eficaces; la *elocución*, que se hace con palabras claras, usuales y propias; la *disposición*, que se hace según arte y tiempo; la *declamación*, que es clara y suave, atendiendo a la voz, al rostro, al gesto, a la distribución y al hábito; y la *memoria*, que puede ser natural o artificial, y versa sobre la división de la pieza oratoria, sobre los lugares argumentativos y sobre las imágenes con que se adorna. Las partes menos principales son las que conforman la pieza oratoria misma, y son: el *exordio*, que usa palabras y signos para hacer a los oyentes atentos, dóciles y benévolos; la *narración*, que expone el tema con tratamiento claro, breve y verosímil; la *división*, en la que se presentan las partes principales del sermón, y según Valadés debe ser sumaria y desnuda o simple; la *confutación*, que confirma lo que se ha dicho, o que refuta lo que se puede alegar en contra; y por último la *conclusión*. Todo esto es acorde a los aspectos que señala como propios al oficio del orador, que son: *enseñar*, mediante la necesidad racional; *conmover*, o mover a la victoria; y *deleitar*, con la suavidad.

Valadés sabe que la esencia de una cosa se expresa en la definición o descripción. Por eso define así a nuestra disciplina: «Es, pues, la retórica la ciencia o facultad o arte del bien decir con la aprobación de los oyentes, en la medida en que pueda hacerse» (p. 147). El género es la ciencia, que en aquel entonces coincidía con el saber filosófico, y de manera más específica la coloca, como sabemos, en la filosofía racional o argumentativa. Se trata de hablar bien o con la aprobación de los oyentes, en el sentido de que eso es necesario para la comunicación humana (la cual, como ahora nos recuerda la *Nouvelle rhétorique* de Perelman, siempre depende de un auditorio concreto). Y se distingue de la dialéctica o lógica en que lo que esa disciplina dice de manera breve y concisa, ella lo dice de manera extensa y adornada. Valadés cita a Zenón (de Citium), del movimiento estoico, escuela de grandes lógicos, quien decía que la primera

se parecía a la mano en puño, y la segunda a la mano extendida. Ambas disciplinas comparten la misma materia, que es todo asunto que pueda moverse a discusión. Valadés aprovecha para introducir aquí la retórica cristiana, a la que le toca la invención, disposición y elocución de los asuntos que tocan a la salvación de las almas.

La retórica aparece estrechamente vinculada con la lógica. Valadés cita a Arias Montano, quien dice que son hermanas gemelas: «Y —añade el franciscano— tanto según el filósofo como según la verdad (como aduce Egidio Romano), la retórica es una consecuencia de la dialéctica. Y aunque este arte se transmite en una recapitulación de preceptos ciertos, sin embargo, a tal grado está de acuerdo con la naturaleza, que todo aquel que se dedica a procurárselo, aunque sea con el menor trabajo e industria, puede aventajar a los demás hombres que, descuidándose de ese arte, no ponen ninguna diligencia en cultivar e ilustrar su ingenio con eficacia, tanto cuanta diferencia hay entre ellos y los animales brutos; pues en las almas de todos los hombres están puestas algunas semillas de esta facultad» (p. 149). Esto coincide con la idea aristotélica de que la retórica se puede dar de manera natural, pero es potenciada al máximo si se cultiva o estudia artificialmente, y por eso es arte, porque se enseña en ciertas reglas, además de ser ciencia porque se estructura de acuerdo con sus principios. Después del elogio que Valadés hace de la retórica en este pasaje, la pone en la parte más noble del hombre, conjuntando su intelecto y su afecto.

La retórica se divide, como la ciencia, en natural y artificial. La natural la poseen muchos hombres que, sin haber cultivado el arte, son capaces de persuadir o disuadir con gran habilidad. Esta retórica natural se divide en perfecta e imperfecta. La perfecta manifiesta un discurso maduro, esmerado y discreto; la imperfecta, un discurso rústico y todavía deficiente. Esta última puede mejorar con los conocimientos que da el arte, con la imitación y el ejercicio. Precisamente la retórica artificial es la que se aprende con el estudio, que da reglas y preceptos poco a poco elaborados por quienes sobresalieron en ella y la han enseñado. Y el arte retórico se divide en declamatorio y oratorio. El que interesa más a Valadés es el segundo, el oratorio, ya que la declamación es más bien ejercicio sobre temas fingidos. El orador es el que actúa en serio, y el retórico el que además profesa el arte.

El arte oratorio «comprende las causas y las partes del discurso, y también la función del orador, la cual se ocupa especialmente en conmover» (p. 153). Guillermo de París (*De rhetorica divina*) y Gabriel (*¿Biel?*) distinguen entre orador espiritual y secular. El primero intenta conmover al juez para inclinarlo a favor de su cliente. El segundo trata de conmover las almas para inclinarlas al bien y salvarlas para Cristo.

Valadés trata además de la materia o sujeto del arte retórico. Según enseña Aristóteles, todo arte tiene una materia sobre la que versa. «Pero —aclara

Valadés— debe advertirse que Quintiliano refiere varias opiniones acerca de la materia de la retórica: unos dicen que es el discurso; otros, que las cuestiones civiles; otros, que la vida entera; otros le asignan, por alguna virtud, un lugar en la ética. Y concluye diciendo que todos los temas que se le presentan al orador para que los exponga constituyen la materia de la retórica» (pp. 155-157). Quintiliano aduce en su apoyo a Platón (*Gorgias* y *Fedro*) y a Cicerón (*De inventione*). Valadés alude también a otras divisiones hechas por Pedro Hispano, acerca de cualquier arte; pero él las reduce a dos: próxima y remota. Así, la materia próxima de la retórica es el discurso ornado y elegante, y la remota son todas las cosas susceptibles de ser dichas de modo ornado y elegante. Por eso la retórica cristiana puede usar en su materia remota a los filósofos, los poetas, historiadores, oradores, etc., y en la próxima solamente lo que conduzca a la salvación. En ella se incluye lo honesto, lo útil y lo deleitable. El bien honesto es el que se ama por sí mismo, ya sea de modo simple por sí, como Dios, ya sea *secundum quid*, como las virtudes. Lo útil se apetece por causa de otro, como un medio que sirve a ese fin. «Lo deleitable —según Gerson— es un movimiento del alma que surge de la aprehensión de un objeto de manera conveniente» (p. 159). El orador debe aprovechar lo útil y lo deleitable para llevar a lo honesto, que culmina en Dios.

Y, ya que la retórica consiste en hablar bien, y de lo que se puede hablar bien es innumerable, la retórica por así decir no tiene límites, abarca todo. Sólo se pueden de alguna manera determinar sus sujetos y sus aplicaciones. «Los sujetos, que muchos llaman tópicos o términos, en general son nueve: Dios, ángel, cielo, hombre, imaginación, sentido, fuerza vegetativa, 'elementativa' e 'instrumentativa'. Se llaman sujetos o materias, porque hablamos principalmente de éstos, o porque de éstos se toman las confirmaciones y refutaciones» (*ibidem*). Aunque, como se trata de retórica eclesiástica, las confirmaciones y refutaciones se toman de las autoridades, de las comparaciones y los ejemplos. Valadés dice que algunos llaman a los sujetos «tópicos», en el sentido de términos, no de esquemas ni de reglas argumentativas; lo cual no deja de llamar la atención, porque para Aristóteles, Cicerón y Boecio los tópicos eran reglas de inferencias y esquemas de argumentos.

Pero lo más notable es percatarnos de que los nueve sujetos de los que habla Valadés son los mismos que los de Raimundo Lulio en el *Ars generalis ultima* y en el *Ars brevis*, ambas de 1308.² Valadés no cita a Lulio, pero es evidente su influjo. Cita, entre otros teólogos y filósofos, a Alejandro de Hales,

² Cf. T. y J. Carreras y Artau, *Historia de la filosofía española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV* (Madrid: Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, 1939), vol. I, pp. 429-430; y M. Cruz Hernández, *El pensamiento de Ramón Llull* (Valencia: Fundación Juan March - Ed. Castalia, 1977), pp. 102-103.

San Buenaventura, Ockham, Gabriel Biel, Pedro de Alliaco, Gerson, Nicolás de Lira, Cardillo de Villalpando, Alfonso de Castro, Santiago de Valencia y Jerónimo de Osorio. Por su seguimiento del mallorquín, Valadés constituye un ejemplo de lulismo en la Nueva España y, hasta donde sabemos, el único que se ha señalado.

Veamos cómo sigue Valadés a Lulio en la cuestión de los sujetos de la retórica. El sujeto Dios abarca no sólo al Dios verdadero, sino también a los dioses de los paganos. Dios es el principio, el fin y el centro de todas las cosas. Añade sus nueve predicados: «bondad, magnitud, duración, potestad, sabiduría, voluntad, virtud, verdad, gloria» (p. 161). Estos son también los nueve principios absolutos de Lulio, en exacta correspondencia. Esos predicados se dan en triple diferencia: esenciales, causales y finales. Valadés desarrollará la doctrina luliana aprovechándola para su retórica. Ya de suyo participa del ideal luliano de conocimientos universales y enciclopédicos para poder predicar, y trata de dar en estos principios algunas de las ventajas del arte magna de Lulio; y aquí le importa sobre todo brindar los conocimientos más fundamentales para hablar de Dios y de las creaturas.

Los predicados esenciales se dicen sólo de Dios según su naturaleza. Son la bondad, la magnitud y la duración, y se pueden considerar de manera teológica, física y matemática. Así, teológicamente, la bondad es el Padre, la magnitud el Hijo y la duración el Espíritu Santo. Físicamente el primero es la esencia, el segundo el ser y el tercero la existencia. Y matemáticamente el primero es el punto, el segundo el despliegue y el tercero es la perseverancia. La bondad puede ser permanente o fluente, según la tenga la cosa en cuanto a ella misma o hacia las demás. La magnitud puede ser de mole, de virtud, de perseverancia y de sucesión. «La de la mole es propia de las cosas corporales. La de la virtud es de las facultades y fuerzas. La de la perseverancia o constancia es propia de las cosas que no crecen ni decrecen, como la del cielo. Y se llama magnitud de sucesión la que es mudable y sucesiva, como la del hombre, la de los animales» (p. 163). Llama la atención la manera como en esa cosmovisión luliana se quiere operar de manera combinatoria y casi cuantitativa con cosas cualitativas.

La duración, por su parte, puede ser eterna, ininterrumpida y temporal. La primera compete a solo Dios; la segunda a los ángeles, que tienen principio y no tienen fin; la tercera a los que tienen principio y fin, como el hombre y los animales.

Los predicados causales son potestad, sabiduría y voluntad. Teológicamente, el primero corresponde al Padre, el segundo al Verbo y el tercero al Amor. Físicamente les corresponde la mente, el mundo y el nexos; y, matemáticamente, el punto, la línea y la superficie. Aquí se mezcla la mentalidad bonaventuriana, que quiere ver en las cosas el vestigio de la Trinidad, y la mentalidad luliana, que se afana en hacer que las cosas entren en los esquemas del *Arte*. La Mente

corresponde al Padre, porque es el principio; el Mundo corresponde al Verbo porque la creación es hecha por él plasmando en ella las ideas ejemplares de la Mente divina, y el nexo corresponde al espíritu Santo porque, en cuanto es el Amor, vincula al Padre y al Hijo entre sí y con la creación. La potencia de Dios es dividida por los teólogos en absoluta y ordinaria. La primera puede ir en contra de todas las leyes, aun las naturales; y la segunda no va en contra de ellas, sino que respeta el orden establecido por el mismo Dios. Se refleja aquí la preferencia de los franciscanos por la omnipotencia absoluta de Dios —que puede ir no sólo contra las leyes físicas, sino contra leyes lógicas y metafísicas como el principio de no contradicción—, la cual resaltaban por encima de los dominicos y otras escuelas —e incluso contra ellas—. La sabiduría es creada e increada, y lo mismo la voluntad. Distingue la sabiduría de la ciencia, en que la primera es conocimiento de las cosas divinas, y la segunda de las humanas. También distingue la voluntad de beneplácito y la voluntad de signo; la primera es por la que Dios quiere propiamente, y es antecedente y consecuente; la segunda es más bien metafórica, y es quintuple: prohibición, prescripción, consejo, impleción y permisión.

Los predicados finales son virtud, verdad y gloria. Teológicamente, el primero corresponde al Padre, el segundo al Hijo y el tercero al Espíritu Santo. Físicamente les corresponden el poder, el acto y el nexo; matemáticamente, el centro, el diámetro y el círculo. Las virtudes tienen contrarios (a saber, los vicios) por exceso y por defecto. La virtud se distingue del poder (o facultad) en que ella es un hábito, voluntario en el caso de las virtudes adquiridas, y gratuito en el caso de las virtudes infusas (como las teologales: fe, esperanza y caridad). La verdad se divide en teológica, física y ética. Las verdades teológicas también se llaman católicas, como contrapuestas a las heréticas, y pueden ser racionales o de fe. Las primeras son, por ejemplo, que Dios es bueno, viviente, sabio. Las segundas son, por ejemplo, que es uno y trino, que se encarnó y nos salva, y las demás reveladas en la Escritura, o desarrolladas por el magisterio de la Iglesia (papas y concilios). La verdad física es «la conformidad de una cosa entendida con el intelecto» (p. 177), según Aristóteles. Y la verdad ética consiste en la operación, es decir, es una verdad práctica, y más bien se entiende como veracidad. La gloria «es la delectación final cuando el apetito de cada quien descansa» (p. 179) y también puede ser teológica, física y humana. La primera es la alabanza brotada del conocimiento de las perfecciones de Dios. La segunda es el disfrute del sumo bien, el logro de la naturaleza de una cosa. La tercera se diversifica según la intención de los hombres, pero siempre es gloria vana, vanagloria.

El segundo sujeto de la retórica es el ángel —tal como lo ponía Lulio, y lo recoge Valadés—, el mundo de los espíritus puros dependientes de Dios, sean buenos o malos. Puede entenderse alguien como ángel por oficio, por dignidad

y por naturaleza. Se nos dice que lo primero es cualquiera que es enviado por Dios. Lo segundo es el sacerdote, porque consagra el pan y lo transforma en el cuerpo de Cristo. Lo tercero son los ángeles propiamente. Y tienen tres jerarquías: la suma, está formada por los querubines, los serafines y los tronos; la media, por las dominaciones, principados y potestades; y la inferior por las virtudes, los arcángeles y los ángeles.

El tercer sujeto es el cielo, las esferas celestes. Y puede entenderse física o místicamente (como la morada de Dios, que es espíritu). Para ejemplificar esto último, Valadés cita a San Agustín, quien dice: «Padre nuestro que estás en los cielos, esto es, en los santos y justos» (p. 183).

El cuarto sujeto es el hombre. «Hombre —dice Valadés— es un sujeto en el cual pueden considerarse todos los seres animales sometidos a él, tanto los superiores como los inferiores. Por ello recibió la nomenclatura de microcosmos, porque el insigne creador del género humano plasmó al hombre como otro mundo que tiene participaciones y afinidades con todas las cosas del mundo» (p. 185). Se ve aquí otra vez la influencia de Lulio, quien usaba mucho de esta imagen del hombre como microcosmos, más que San Buenaventura, que atendía más bien a la imagen trinitaria en el hombre (sin negar el trinitarismo de Lulio).³ De este sujeto humano, el orador puede disertar de muchísimas formas, ya desde la etimología del nombre (*humus*, limo), por su soberbia, por el equilibrio de sus temperamentos, por su racionalidad, por ser imagen de Dios, por la mortalidad de su cuerpo y la inmortalidad de su alma, por su libertad y su inconstancia, por sus virtudes y sus vicios, por la gracia de Dios que lo santifica, etc. En cuanto al alma, el hombre tiene intelecto, vida y apetito. En cuanto al cuerpo, tiene lo primero por la cabeza, lo segundo por el corazón y lo tercero por los riñones. Y también por Dios, el cielo y los elementos.

Pasando al quinto sujeto, encontramos que es el imaginativo, que es aquel «por el cual se entiende a los animales más perfectos en los cuales aparecen los juicios de los sentidos interiores: como en los perros la memoria, en las ovejas la discreción, en la zorra el fraude, y cosas semejantes a éstas» (p. 189). No deja de ser curiosa esta idea de la imaginación en los animales como cierta capacidad de juicio.

El sexto sujeto es el sensitivo, por el que se entienden los animales que no manifiestan ningún tipo de juicio como los anteriores, p. ej. los gusanos, las moscas, los topos, etc., que son llamados animales inferiores.

Viene el séptimo sujeto, a saber, el vegetativo, que se refiere a este tipo de vida o alma en las plantas. En ellas el orador puede ponderar su utilidad para la medicina.

³ Cf. M. Beuchot, «Microcosmos y lógica», en *Diálogos*, n. 81 (El Colegio de México, 1978), p. 13.

El octavo sujeto es el elementativo, que comprende los cuatro elementos simples (tierra, agua, aire y fuego) y las cosas compuestas de ellas (que son todas las cosas sublunares), y hay que tratarlas según su imperfección y su perfección. Tienen el más alto grado el oro y la plata entre los metales, el hombre entre los animales que caminan, y el águila entre las que vuelan.

Y, por último, el noveno es el instrumentativo, que abarca a todos los instrumentos, los cuales pueden ser: naturales, artificiales y morales. Los primeros son los que así formó la naturaleza, como el ojo para ver, los pies para caminar, el asno para cargar, etc. Los segundos son obra de la industria, como el martillo para golpear y las tijeras para cortar. Los terceros «son aquellos con los cuales arreglamos o corregimos o depravamos nuestras costumbres, como las virtudes y los vicios. Así, la justicia es el instrumento con el que el justo obra justamente; la injusticia, el instrumento con el que se obra injustamente» (p. 191). Los naturales y artificiales pueden usarse tanto para el bien como para el mal, son indiferentes; en cambio, los morales sólo pueden usarse para el bien si son virtudes, y para el mal si son vicios.

Menciona a los accidentes, que son los nueve de Aristóteles (cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, posición, hábito, dónde, cuándo). También se aplican a las cosas que trata la retórica. Pues se aplican a las substancias e incluso las unas a las otras, como cuando se dice «blancura grande» o «acción fuerte». Sobre todos estos predicamentos, Valadés da la palabra a Agustín Valerio, obispo de Verona, quien los ha organizado en su libro *De rhetorica ecclesiastica*. Con ello termina su exposición de este tema.

Apreciación

La retórica de Valadés es un interesante caso de lulismo en la Nueva España. No es nada frecuente encontrar representantes de esa corriente filosófico-teológica en la historia del pensamiento novohispano. La orden franciscana siguió en filosofía y teología más bien a Duns Escoto, a pesar de tener otros doctores tales como San Buenaventura, Lulio y Ockham, este último, como se sabe, seguido por multitud de discípulos. Esto no ocurre entre los franciscanos novohispanos (no he podido encontrar nominalistas ni seguidores de San Buenaventura). Inclusive el mismo Lulio tuvo en Europa una numerosa escuela. Pero en México ha sido difícil encontrar estudiosos de sus doctrinas, y hasta ahora sólo hemos encontrado a Valadés. El es un digno expositor de algunos elementos del arte luliano, aplicado aquí a la retórica.

MAURICIO BEUCHOT
México

RESUM

This article discusses certain aspects of the work of the –supposedly Mexican– Franciscan, Diego de Valadés, called *De rhetorica christiana* (Perugia, 1579). This work expounds on several ideas of Ramon Llull, which Valadés used to preach to the Indians of Mexico. Llull's presence in this missionary work is strongest in its central and most important part, that which treats of theological matters.